

LA CIUDAD «AMERICANA» EN EL DOBLE CONTEXTO DE LO HISPANO Y LO ANGLO

ALFREDO JIMÉNEZ NÚÑEZ
Universidad de Sevilla

El tema de este congreso es tan amplio, incluso tan ambiguo, que puede abordarse desde enfoques muy diversos. Aprovecho esta libertad para considerar el fenómeno urbano en los Estados Unidos desde una triple perspectiva que, por razones de espacio, no serán más que unas breves referencias a tres puntos de vista entre los muchos posibles: 1. La dicotomía o, mejor quizá, el binomio hispano/anglo, cuyas ramas se entrecruzan en el pasado y en el presente de los Estados Unidos. 2. El factor semántico, que tiene su importancia cuando tratamos de traducir o cuando nombramos con palabras propias cosas e ideas pertenecientes a un universo sociolingüístico distinto al nuestro. 3. La antropología cultural como marco para la interpretación de lo urbano.

LA URBANIZACION DEL NUEVO MUNDO

Había ya ciudades en América cuando llegaron los europeos. Sin embargo, la urbanización del Nuevo Mundo se generaliza y alcanza niveles sin precedentes con la colonización europea. En este sentido, fue especialmente notable la magnitud y precocidad del urbanismo en la América española como consecuencia de la insistente política de *poblar* las nuevas tierras. La Corona española impulsó la fundación de ciudades de acuerdo con sus objetivos de expansión geográfica y permanencia, y como símbolo máximo de lo que en el siglo XVI se llamaba «vivir en policía» o vivir política y civilizadamente.

Este cuadro común a toda la América hispana tuvo que adaptarse en lo que hoy son los Estados Unidos a las circunstancias del territorio. A pesar de todo, la política de fundación y poblamiento se aplicó tanto como estas circunstancias permitieron. Buena

prueba de ello son la temprana fundación de San Agustín de la Florida (1565) y la fundación en 1598, a miles de kilómetros de la ciudad de México, de Santa Fe como capital de la provincia de Nuevo México.

Sirvan estos párrafos sobre materia bien conocida para establecer un punto esencial en el estudio de lo urbano en los Estados Unidos. Me refieren a la existencia de dos procesos distintos de urbanización que, en parte, coincidieron en el tiempo y hoy no sólo mantienen su vigencia sino que ésta aumenta cada día. Uno de estos procesos es el «hispano,» en el sentido más amplio del término; el otro, es el «anglo,» en el sentido más convencional de que anglo es lo que no es indio, ni hispano, ni negro. La primera distinción que surge de la comparación tiene que ver con el doble hecho del avance español hacia el Norte y del avance de la frontera anglo hacia el Oeste hasta terminar encontrándose ambas corrientes, ayer y hoy, en el Suroeste y California, cuando menos.

El análisis de este doble proceso nos llevaría a considerar algunas semejanzas y, sobre todo, a subrayar grandes diferencias: la existencia o no de una política oficial de colonización y urbanización por parte de la potencia colonizadora; los argumentos jurídico-religiosos en apoyo de la penetración y asentamiento de los españoles a diferencia de la iniciativa de los particulares ingleses que, precisamente, emigran y se hacen colonos para ser más libres; la consideración de la población indígena como necesaria, útil, explotable o, por el contrario, molesta, peligrosa y, en cualquier caso, prescindible; el papel de la Iglesia católica en cuanto agente de aculturación y evangelización del indígena en contraste con la ausencia entre los colonos anglos de una Iglesia oficial y única, lo que les permitía una libertad de culto, pensamiento y conducta inconcebible en la colonización hispana; el desarrollo de una población mestiza en lo biológico, pero hispanizada en lo cultural, en contraste también con una segregación de razas que hoy hace posible identificar al «anglo» como «blanco» frente al «moreno» y al «negro».

TIPOLOGIA DE LA «CIUDAD»

Sobre este fondo histórico, solamente sugerido, trataré de establecer una tipología de la ciudad que parte, pero va más allá, de la indicada como tema de este congreso.

Ciudades imaginarias.—Son aquéllas que no existieron o sólo existieron en la mente. Es curioso observar que en todo el espacio de dimensión continental que son los Estados Unidos de América no había una sola ciudad antes de la llegada de los españoles. Y quizás porque no había, hubo que inventarla, que imaginarla, pues los españoles buscaban oro y seres humanos, cuanto más de ambos, mejor. Los espacios al norte de México tentaban a conquistadores y misioneros y de este ímpetu surgieron siete ciudades, no una: las Siete Ciudades de Cibola. Se trataba de una fábula o de unas versiones mal entendidas, porque la verdad era demasiado cruda y desalentadora como para aceptarla sin más.

La ciudad mítica.—Más de cuatro siglos después, apareció en los Estados Unidos, como si fuera una resurrección, una «ciudad» no tanto fabulosa sino mítica. Me refiero a Aztlán. La tradición de los aztecas habla de *Aztlán* o «lugar de la blancura», de donde partieron en una peregrinación que habría de llevarles al punto señalado por la deidad para fundar su ciudad y en ella ser libres y poderosos. En la mitología de los pueblos bárbaros que invadieron el México civilizado hay continua referencia a un lugar mítico (*tollan*, equivalente a ciudad o metrópoli) de donde todos decían proceder en su intento de ocultar la verdad de sus modestos orígenes. No hace aún treinta años, líderes chicanos tomaron el término «Aztlán» como concepto y símbolo de independencia cultural, reivindicación social e identificación étnica frente a la presión y opresión de la sociedad dominante representada por los anglos. Era un movimiento académico y político que, en el fondo, suponía un caso más de movimiento nativista o de revivalismo de los muchos que se han dado en la historia en situaciones de choque con peligro de extinción cultural. Las razones y los objetivos de este movimiento se recogían en «El Plan Espiritual de Aztlán,» manifiesto que se publicó en español y en inglés en el primer número de la revista *Aztlán*, aparecido en septiembre de 1970.

Ciudades y utopía.—Hubo también en las Américas ciudades utópicas, que respondían al sincero aunque imposible deseo de establecer en la tierra la ciudad ideal, la ciudad de Dios. El caso más significativo se debió a Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán, quien con sus llamados pueblos-hospitales pretendió poner en práctica en la década de 1530 las ideas que Tomás Moro expresó en su *Utopía*.

Ciudades imaginadas.—Cabe también hablar de «ciudades imaginadas,» que no son lo mismo que «ciudades imaginarias,» porque las primeras existen, aunque su realidad no se corresponda con lo imaginado. Estados Unidos (en cuanto nación) y sus ciudades, en general, se han imaginado desde Europa como meta y símbolo de muchas cosas soñadas. Si para los chicanos —que ya estaban en suelo americano— Aztlán representaba el regreso retórico, que no físico, a su lugar de origen o «Homeland,» para el emigrante europeo, América y sus ciudades eran el espacio ideal donde lo imaginado se haría realidad al precio de romper con la tierra natal y con el pasado. La gran mayoría de estos emigrantes europeos se convirtieron en fundadores de pueblos y ciudades en la gran marcha hacia el Oeste. Atrás dejaban Nueva York, que, sin embargo, ha sido la gran meta de los puertorriqueños, como Miami lo ha sido de los cubanos. En ambos casos, se trata de pueblos también «americanos» que estaban y se sentían tan cerca de su lugar de origen como para no cortar, sino todo lo contrario, la comunicación con su *Hispanic Homeland*.

Ciudades reales.—Llegamos, por fin, a la categoría de ciudades reales, aquéllas que son y están repartidas por la geografía de los Estados Unidos, y cuya entidad no depende necesaria o primariamente de una visión subjetiva o más o menos imaginada. Son cientos y cientos de ciudades que van desde núcleos urbanos con muy pocos miles de habitantes a otros con varios millones. Son ciudades complejas en su estructura social aunque físicamente se parecen tanto que llegan a la monotonía, pues, salvo unas

cuantas excepciones, las diferencias son de tamaño o se deben al clima o a la topografía.

Entre las ciudades reales las hay que son étnicamente complejas en dos formas distintas que, a veces, pueden coexistir. Por un lado, ciudades con grupos étnicos procedentes de Europa y asentados de antiguo hasta el punto de que sus actuales representantes forman parte de la sociedad nacional americana, y en su proceso de adaptación han llegado a perder su lengua propia. Estos grupos étnicos pueden concentrarse en ciertas áreas de la ciudad y constituir entidades más simbólicas que efectivas conocidas como «Little Italy», «Little Poland»... Marcados por el factor racial, tan importante en la sociedad americana, están también los negros y los chinos y, más recientemente, los orientales, en general. Aunque la población negra ocupa hoy estratos muy diversos en la sociedad americana, se concentra también en determinadas áreas urbanas de las que es ejemplo casi tópico el Harlem neoyorquino. Chinatown es también en algunas ciudades el espacio propio de esta comunidad oriental asociada, además, a determinadas actividades económicas.

Pero, una vez más, el caso de los hispanos es único y distinto, y por su magnitud y dinámica ha creado un tipo específico de ciudad real como es la ciudad pluricultural o bicultural. No tiene mucho sentido hablar en el espacio urbano de los Estados Unidos de presencia *cultural* italiana, polaca, griega, china... Por el contrario, lo hispano crea una dualidad cultural que tiene su primer y más claro reflejo en la lengua, aunque va mucho más allá. Este hecho es particularmente evidente en otra categoría o subtipo de urbe: la ciudad de frontera, situada en los límites políticos de los Estados Unidos y en contacto físico y comunicación permanente con un universo cultural distinto al que identifica la cultura de los anglos. Tales son los casos de San Diego, El Paso o San Antonio. Un caso extraordinario en todos los órdenes es la ciudad de Los Angeles, que no está en la frontera, pero sí muy cerca de México.

En todas estas ciudades, la población hispana crece vertiginosamente, y su lengua y cultura no sólo se mantienen sino que se refuerzan e imponen sobre el mundo anglo, aunque sólo sea por razones aritméticas. De la misma manera que el voto racial está imponiendo a un negro como alcalde de las grandes ciudades norteamericanas, la creciente población hispana —refrescada culturalmente día a día por la inmigración— está imponiendo un biculturalismo ante el que ya ha reaccionado la sociedad dominante mediante fórmulas legales como el «English only,» que no es más que el reconocimiento de un hecho y la expresión de un temor.

PARADOJAS Y ESTEREOTIPOS

Paso al último apartado dedicado a algunas observaciones analíticas y comparativas. Tenemos que admitir la existencia de estereotipos y paradojas o contradicciones ante la contemplación del fenómeno urbano en los Estados Unidos. Esto ocurre siem-

pre que observamos una sociedad y su cultura desde otra sociedad y cultura, y a través de otra lengua. El estereotipo es la fórmula fácil y universal para explicarnos lo que es complejo y no entendemos desde nuestros propios puntos de vista. La paradoja es la consecuencia de contrastar lo que es con lo que creemos que es o parece ser.

Los Estados Unidos se han identificado tradicionalmente como el producto de una sociedad de frontera que marchaba hacia el Oeste en busca de espacios libres, de tierras vírgenes, deshabitadas, de *free land*, donde el individuo podía desarrollar sus cualidades y prosperar. Los grandes espacios abiertos eran todo lo contrario a la aglomeración y a los modos de vida urbanos propios de una Europa envejecida y superpoblada. Se ha sacralizado el espíritu de la frontera como la expresión más genuina del carácter americano y se ha llegado a decir que al americano le gusta vivir en una casa rodeada de jardín y con un césped bien cuidado porque sigue amando la independencia, el individualismo, la tierra y la naturaleza, como si estas características — permítaseme la ironía— las hubiera heredado genéticamente de los pioneros del siglo pasado. Al mismo tiempo, y paradójicamente, Estados Unidos se nos aparece desde Europa como la nación de las grandes urbes y de las conurbaciones que se prolongan por kilómetros y kilómetros a lo largo de la costa Este, del lago Michigan o del sur de California. Y el estereotipo que mantenemos en España, a pesar de tanto cine y telefilme como invade nuestros hogares, es que los americanos viven mayoritariamente en grandes ciudades y, para colmo, en rascacielos.

Contemplada la sociedad norteamericana desde España, las paradojas y los estereotipos son numerosos. Estados Unidos ha urbanizado el campo gracias a su alto grado de industrialización y nivel de vida de tal manera que ya no hay campesinos (*peasants*) sino *farmers*. Por el contrario, México y España son países con grandes áreas rurales habitadas por campesinos, jornaleros o peones. La diferencia, pues, entre campo y ciudad es todavía grande y uno y otra perviven como dos mundos, uno rural y otro urbano, a veces a pocos kilómetros de distancia.

Si acudimos a la lengua como elemento de identificación y comparación, observamos que no hay una correspondencia clara entre dos tríos de términos: *pueblo*, *villa*, *ciudad/village*, mientras que *city* significa una población mayor que *town*. En el mundo hispánico —ya sea nuevamente España o México, o muchos otros países de la América española—, el pueblo difiere de la ciudad no tanto ni necesariamente por su tamaño sino por sus modos de vida. Hay pueblos que son grandes, más grandes que muchas verdaderas ciudades. Los pueblos hispanos, además, están situados en mitad del campo, y esto no es una frase ingeniosa ni una perogrullada. Las ciudades de los países poco industrializados —caso general de Iberoamérica y también de España— terminan bruscamente y sus afueras constituyen cinturones de miseria donde se refugia el éxodo rural. Los pueblos están todavía mejor delimitados, son compactos en su estructura física, y están literalmente rodeados por el campo. En Estados Unidos, en cambio, la ciudad se extiende, se prolonga y diluye lentamente, y en muchos casos está prácticamente unida a otra ciudad. Por supuesto que hay inmensos espacios de tierras de culti-

vo, de ganado o de bosque, pero el *campo* es otra cosa en cuanto que es el *habitat* del *campesino* y la tierra que rodea la aldea o el pueblo.

La valoración que en cada cultura se tiene de la ciudad y de sus partes es también distinta. En España se ha considerado siempre «el centro» como el espacio preferente, allí donde el suelo es más caro, las casas son mejores y, naturalmente, vive la gente más acomodada. Hay casi una relación aritmética entre valor/precio y distancia al centro geográfico de la urbe. Cuanto más cerca del centro, el suelo es más caro y prestigioso. Las excepciones son recientes con la aparición de núcleos residenciales o urbanizaciones que son producto, entre otras cosas, de la generalización del automóvil, algo reciente en España pero casi centenario en Estados Unidos. En este contexto es curiosa la diferencia semántica del término «suburbio» según la lengua sea el español o el inglés; según se trate del suburbio hispano o del *suburb* norteamericano.

Que hay también diferencia semántica entre la pareja *pueblo/ciudad* y *town/city* lo prueba el hecho de que pueblo es algo muy distinto a ciudad, porque son polos o extremos de una misma sociedad compleja no industrializada o poco industrializada, mientras que entre *town* y *city* la diferencia es fundamentalmente de tamaño. En Nueva York o Chicago se puede ir «downtown» o «uptown»; en Madrid o Sevilla se va del *centro* a las *afueras* o del *barrio* al *centro*. Y aquí se nos introduce otro término español, o hispánico, que no tiene fácil traducción al inglés. La ciudad hispana tiene centro geográfico —que es centro de poder administrativo, económico, religioso, con sus correspondientes edificios, y con otro elemento tan característico como la plaza mayor. Alrededor del centro, más cerca o más lejos, según el tamaño de la ciudad, están los barrios, con su iglesia parroquial, su propia plaza o placita, su propia vida social.

Pues bien, la hispanización que se está produciendo en muchas de las grandes ciudades de Estados Unidos —desde Los Angeles a Miami, y también tan al norte como Nueva York o Miami— ha introducido el concepto de «barrio» en la ciudad norteamericana y este pequeño mundo propio, íntimo, familiar, donde la gente se conoce y se comunica en su lengua materna (que no es el inglés) se ha convertido en una pequeña ciudad o, mejor dicho, en un *pueblo* que vive dentro de la gran urbe habitada por gentes extrañas y diversas a los ojos de los hispanos. Me refería más arriba al mito azteca y al movimiento chicano en defensa de su identidad. Es en el *barrio*, precisamente, donde la población hispana, y más concretamente la mexicana o chicana —concentrada en las urbes y no en el campo, como podría esperarse de su origen rural— se refugia e intenta vivir o regresar a su *Aztlán* mítico o espacio social donde sea posible preservar una cultura y una lengua que es la única lengua de inmigrantes o de minoría étnica que perdura en los Estados Unidos después de dos generaciones. La gran ciudad está ofreciendo, paradójicamente, el reducto donde es posible luchar a diario, y con éxito, a favor de la supervivencia cultural y, especialmente, de la lengua. Esta capacidad de resistencia, nada menos que en el espacio urbano, está poniendo a prueba por primera vez en la historia de Estados Unidos el tópico del *melting pot* y de la asimilación.